

Irrupciones de Mario Levrero: una escritura del retorno¹

Mario César Islas Flores

Doctor en Historiografía

Universidad Nacional Autónoma de México

<https://orcid.org/0000-0002-8076-6529>

islas_flores@hotmail.com

Resumen

Esta aproximación a la obra de Mario Levrero está pautada por las afinidades temáticas y estilísticas que, a mi juicio, existen entre los artículos que el autor uruguayo escribiera para la revista montevideana *Posdata* entre los años 1996 y 2000 (*Irrupciones*) y su escritura autobiográfica precedente (*Apuntes bonaerenses*, *Diario de un canalla*, *El discurso vacío*) y póstuma (*La novela luminosa*, *Burdeos*, 1972). La fuerte dimensión introspectiva y rememorativa presente en ambos arcos narrativos (de ahí, la importancia cardinal que asigno al concepto de retorno), aunada a una intensa y definitoria retroalimentación, posibilitan la inclusión de *Irrupciones* dentro de la producción textual autobiográfica del escritor uruguayo; más aún, su caracterización como diario.

Palabras clave: autobiografía; diario; ensayística; intertextualidad; memoria.

Mario Levrero's Irruptions: a writing of the return

Abstract

This is an approach to Mario Levrero being that it poses tematics and stilistic afinities exist into the papers writes from the Uruguayan writer for the magazine of Montevideo *Posdata* between 1996 and 2000 (*Irrupciones*), and his preceding autobiographical writing (*Apuntes bonaerenses*, *Diario de un canalla*, *El discurso vacío*), and posthumous (*La novela luminosa*, *Burdeos*, 1972). The strong introspective and remember dimensión present in both narrative arcs (hence the cardinal importance that I assign to concept return) joined to intense and definitory feedback, make possible the inclusion of *Irrupciones* inside of autobiographical production of Levrero; all the more, its characterization as a diary.

Keywords: autobiography; diary; essayistic; intertextuality; memory.

¹ **Procedencia del artículo:** El presente artículo se desarrolló en la estancia posdoctoral del autor en el Centro Peninsular en Humanidades y Ciencias Sociales, de la Universidad Nacional Autónoma de México (CEPHCIS-UNAM), bajo la dirección del Dr. Adrián Curiel Rivera



Recibido: 15 de abril del 2021. **Aprobado:** 02 de enero del 2022

Artículo de reflexión

<https://doi.org/10.25100/poligramas.v0i54.12167>

¿Cómo citar este artículo en MLA? - How to quote this article in MLA?

Islas Flores, Mario César. “Irrupciones, de Mario Levrero: una escritura del retorno” Poligramas 54 (2022): e.2712167 Web. Fecha de acceso (día, mes en mayúscula y abreviado, y año).

Introducción

Irrupciones fue el nombre de la columna que Mario Levrero escribió para la revista montevideana *Posdata* en dos épocas distintas: del 16 de febrero de 1996 al 5 de junio de 1998 y entre el 25 de febrero y el 30 de junio de 2000. El objetivo del presente ensayo es ilustrar el diálogo entre estos artículos compilados posteriormente como texto unitario *Irrupciones* (2013) y sus obras autobiográficas precedentes como *Apuntes bonaerenses* (2017), *Diario de un canalla* (2015) y *El discurso vacío* (2019) y también con aquellas que serían publicadas de forma póstuma como *La novela luminosa* (2008) y *Burdeos, 1972* (2015). En *Irrupciones*, Levrero invoca espacialidades y situaciones personales que nos remiten, por una parte, a un tiempo presente configurado por las contingencias cotidianas al interior de sus viviendas y también en el espacio público y, por otra, a una realidad pretérita que funge como contrapunto de una actualidad que percibe degradada y colmada de negatividad. Se trata, por tanto, de entender una retroalimentación mutua, sin olvidar la adscripción editorial de su ensayística.

Un itinerario hacia el yo

El periplo bonaerense motivado por circunstancias económicas y su posterior regreso a Uruguay, pero no a Montevideo sino a Colonia del Sacramento, habían dejado una impronta decisiva en el itinerario creativo de Levrero. La tematización de su estancia en Argentina y su mudanza al balneario uruguayo con su pareja sentimental constituyen una significativa inflexión en su voz autoral como lo muestran, por una parte, *Apuntes* y *Diario* redactados en la capital argentina y, por otra, el libro intitolado *El discurso* que escribiría en Colonia. La huella autobiográfica es extraordinariamente profunda en estos textos y,

sin duda, ellos allanaron el camino para que Levrero deviniera en cronista de su yo en los artículos publicados en *Posdata*.

En *Irrupciones*, así se ocupara de cualquier asunto de la realidad montevideana de finales del siglo XX, Levrero incorporaba un correlato íntimo, una autoexploración personalísima que, previo a su partida a Buenos Aires, había eludido por los mismos motivos que había evitado de forma acérrima el frecuentar los círculos literarios y, en general, toda forma de autopromoción como escritor. Todo lo anterior, desde ética cimentada en el genuino compromiso de darle forma literaria a ese cúmulo de percepciones, sentimientos e ideas no pocas veces juzgados como símbolos de una realidad más trascendente, onírica e, inclusive, parapsicológica (*Manual... xx*).

Irrupciones se funda, pues, en ese extrañamiento que propició la distancia geográfica y afectiva y que se tradujo en la pérdida de la aversión por parte de Levrero a exhibir su voz desnuda de ornamentos ficcionales. Se trata, por tanto, de un *retorno* triple representado por su regreso al puerto austral de Montevideo (ciudad en la que fallecería en 2004); por la insistencia en cultivar otra vez una escritura de aliento autobiográfico y por la recuperación de textos pretéritos. Si bien *Irrupciones* es esencialmente producto de una voz modulada en tiempo presente, también perviven en ella ecos escriturales de épocas pasadas —por mediación de la ralentización y reciclaje editorial que el ensayista rioplatense observaba de forma rigurosa— (Levrero, *Irrupciones* 29).

Aunado a lo anterior, es conveniente puntualizar que, al momento de comenzar a escribir una columna para *Posdata*, Levrero tenía 56 años y arribaría a la tercera edad al término de su colaboración con dicha publicación. Si consideramos que el literato uruguayo falleció a los 64 años, *Irrupciones* y su posterior “Diario de la beca” (escrito entre el 5 de agosto de 2000 y el 2 de agosto del año siguiente) conjugan sus escasas, pero definitivas estancias fuera de Montevideo con su dilatada experiencia escritural y quizás, por ello, son también sus más extensos ejercicios textuales. Buenos Aires y Colonia del Sacramento son invocados de forma recurrente en ambas obras, pero al final de cuentas será la capital uruguaya quien tendrá la primacía. Otra cualidad distintiva de *Irrupciones* y “Diario de la beca” será el empleo de un rasero con el que Levrero contrastará la realidad presente con su pasado bonaerense y coloniense y también con la época en que había transcurrido su infancia, adolescencia y la casi totalidad de su vida adulta en la capital uruguaya.

La vuelta al puerto

La *ciudad* como magnitud intelectual y anímica ocupa un lugar preponderante dentro de la obra ficcional y ensayística de Levrero, como lo ejemplifican las siguientes líneas que figuran en uno de sus artículos en *Posdata*:

Pensar que huí de Colonia por un clima como éste, y en pocos años el clima me fue alcanzando, como si la maldita ciudad me persiguiera adonde quiera que vaya —lo que me trajo una vez más a la mente aquel poema de Kavafis que cierto día, precisamente en Colonia, descubrí en un libro de Lawrence Durrell. (*Irrupciones* 319)

En su definitivo retorno a Montevideo, Levrero intentó restituir hasta donde sus medios económicos se lo permitieron el contexto espacial en el que había transcurrido casi enteramente su existencia, como lo consigna en “Diario de la beca”:

En esa zona... los alquileres eran más accesibles que en otros lugares céntricos por donde yo buscaba. Siempre había deseado aproximarme lo más posible a la zona donde viví durante treinta y ocho años, y este apartamento —se refiere al ubicado por la calle Mitre— estaba bastante cerca de allí. (128)

Empero, esta pretensión tendría que sortear los nuevos retos derivados tanto del rostro cambiado y cambiante de su ciudad, así como de las condiciones determinadas por su igualmente diferente *tempo* vital. En este sentido, la transformación más visible de Montevideo era la violencia visual y auditiva que, a juicio de Levrero, estaba encarnada en una publicidad vocinglera y estridente: “Cada uno de nosotros lleva en su interior, más o menos oculto, un niño imbécil. Es a ese niño que se dirige casi invariablemente la publicidad” afirmó tajante en una de sus columnas (*Irrupciones* 150). La crítica hacia esa práctica comercial sería sistemática, como tendremos oportunidad de apreciar más adelante.

El 5 de junio de 1998, Levrero por voluntad propia pondría fin a su participación en *Posdata*. Retrospectivamente, sabemos que en realidad aquello no fue el final de su colaboración con la revista uruguaya, sino más bien un cese en la continuidad de sus artículos que se extendería hasta finales de febrero del año 2000. En la irrupción 112 se lee:

Me fui dando cuenta, indirecta y paulatinamente, de que me había *profesionalizado* y de que temía no encontrar un camino de retorno a la escritura *amateur*. Así, por fin llegué a la conclusión de que no debía seguir con esta columna; no puedo seguir soslayando esa necesidad imperiosa de escribir sin límites -límites que, desde luego, están en mí, ya que nadie jamás me controló ni los temas ni las formas de expresión. Lo peor del caso es que esas *miradas de lectores* que siento en la nuca, son miradas bondadosas. Pero también la mirada bondadosa condiciona, y no encontré la forma de seguir publicando estas Irrupciones sin sacrificar otras irrupciones que reclaman un lugar. (*Irrupciones* 377-378)

El tema del *retorno* es cardinal para Levrero. Ese es un anhelo consignado en las páginas iniciales de “Diario de la beca” y consideraba, además, que ello era una condición imprescindible para acometer la tarea literaria impuesta por la Fundación Guggenheim: “El tema del retorno, el retorno a mí mismo. Al que era antes de la computadora. Antes de Colonia, antes de Buenos Aires. Es la forma de poder acceder, creo yo, a la novela luminosa, si es que se puede” (*La novela* 39). El derrotero al que arribaría Levrero en su obra póstuma sería absolutamente inesperado, pero altamente productivo, pues “Diario de la beca” se convertiría en su ejercicio autobiográfico más extenso. Sin embargo, en el caso de su despedida en apariencia definitiva de las páginas de *Posdata*, con la finalidad de ocuparse de lleno en la creación literaria, el resultado fue, según el propio autor, una sequía escritural absoluta:

Hace un par de años suspendí esta columna, con idea de ponerme a escribir algo que parecía estar queriendo manifestarse desde adentro y que no podía sujetarse a cosas tales como plazos de entrega o esa ‘mirada de los lectores’ que me parecía sentir en la nuca. Pero no escribí nada. (*Irrupciones* 379)

El componente misceláneo de la irrupción, con la que Levrero retornó finalmente a las páginas de *Posdata*, enfatiza el procedimiento escritural que caracterizara a la mayoría de sus colaboraciones. En este caso, describe su experiencia como jurado en un concurso literario y la infructuosa búsqueda del autor de un texto evaluado; incorpora una rememoración familiar íntimamente vinculada a las mudanzas; refiere una anécdota titulada *auténtica irrupción* y que, en todo caso, pondría de relieve el cariz enigmático y con desenlaces frecuente e intensamente humorísticos que poseen muchos de sus textos y,

por último, comparte el supuesto fragmento de un *mail* en el que reitera por enésima ocasión su devoción por Kafka (*Irrupciones* 379-381). A propósito de esto, viene al caso recuperar un planteamiento de Carina Blixen, pues, considero que capta el carácter dinámico y los distintos espesores que poseen las columnas de Levrero:

Las *Irrupciones* constituyen un todo sumamente complejo, pues además de la diversidad de motivos y fuentes de inspiración, cada una plantea variaciones estructurales: algunas son unitarias, otras una suma de fragmentos, otras traspasan la unidad y se encadenan en series que pueden tener un título que explícitamente las vincula o establecer un diálogo interno que atraviesa la sucesión de los números. (14)

El itinerario escritural de Levrero en *Posdata* no fue, pues, rectilíneo sino sinuoso, e inclusive, segmentado a causa de una voluntaria y prolongada interrupción y tampoco fue unívocamente temporal, sino que conjugó una pluralidad de tiempos, pero privilegiando siempre la primera persona del singular, pues su vocación constitutiva fue autobiográfica. Considero necesario ahondar en lo sucesivo en la intersección entre los artículos de *Posdata* y otros de los textos autobiográficos levrerianos.

La escritura intermitente

La producción autobiográfica de Levrero terminaría por ser prolífica y se extendería a lo largo de casi dos décadas, aunque él nunca se lo haya propuesto como un objetivo. Dichas obras no se derivaron de una práctica escritural deliberada, constante y sistemática que tuviera como finalidad articular una obra cuya referencialidad directa fuera su itinerario vital. Por el contrario, esos ejercicios autobiográficos, no siempre reconocidos como tales, o a los que, inclusive, llegó a asignar el título de “novelas” como en el caso de *El discurso* (95), se inscriben en coyunturas temporal y espacialmente delimitadas y su finalidad no era otra que explicitar y tornar comprensibles situaciones de orden intelectual, ético y hasta metafísico consideradas apremiantes.

Cristina Siscar plantea que *Diario*, *El discurso*, *La novela* y *Burdeos* constituyen una “tetralogía voluntaria” (185) y Vicente Undurraga, por su parte, considera que Levrero se ganó “hacia el final de su vida, el derecho narrativo al Yo —esa entelequia en la que de todos modos apenas cree— llegando incluso a poner en su penúltimo libro de cuentos, una autoentrevista” (párr. 2) y, además, afirma que dentro de este “ciclo final” de

escritura estaría inscrita *Irrupciones*². Considero que la forma variopinta en que los proyectos escriturales levrerianos se tornaron visibles ilustra con elocuencia que no estuvieron cimentados sobre la sistematicidad y que tampoco fueron una deferencia por parte de los editores motivada por el prestigio que habría adquirido la pluma del autor montevideano, pues, *Apuntes* (texto al que ni Siscar ni Undurraga consideran parte constitutiva de la escritura autobiográfica de Levrero) apareció diseminado en varios números de la revista argentina *Crisis* (Levrero, *Cuentos...* 464) y años después junto a *Diario* y algunas narraciones literarias ocupó un lugar en la antología *El portero y el otro* (1992). *El discurso* (2019), en cambio, encontró autonomía editorial y un relativo reconocimiento, mientras que, de manera infortunada, *La novela* (2008) vería la luz sólo de forma póstuma al igual que *Burdeos* (2015), como ya ha sido apuntado.

Sin embargo, a pesar de los diferentes motivos que pautaron su escritura, su diferenciada extensión y las accidentadas rutas editoriales por las que transitaron a lo largo de un periodo tan dilatado, los textos aludidos terminan hermanados por su dimensión autobiográfica, como lo ilustran esos finales que refractan una realidad extratextual tan contingente como avasallante. La partida definitiva de un ave que tiene una presencia protagónica en *Diario* a la que Levrero había asignado una carga afectiva y simbólica crucial (76); la muerte de la madre del escritor uruguayo (*El discurso* 132) y la finalización de la beca Guggenheim (*La novela* 450). Estas conclusiones ponen de relieve que Levrero no pretendió restituir la totalidad de su existencia en esos libros, sino que solamente deseaba consignar los avatares de su existencia.

Debe resaltarse que, a pesar de la predominante vocación diarística en la escritura autobiográfica de Levrero, la ganancia en veracidad no se ve mermada por la ausencia de introspección, puesto que el autoanálisis es profundo y no pocas veces inmisericorde, particularmente, cuando el escritor montevideano ensaya un retorno hacia su pasado ¿De qué no se acusa y de qué adjetivos no echa mano para bosquejar sus pretendidos pecados? El título de *Diario* es, por sí mismo, contundente respecto a una autopercepción negativa, pero también se debe destacar la identificación con el necio hacia el final de *Apuntes* (21);

² Lo que omite Vicente Undurraga es que ese *penúltimo* libro de cuentos está separado temporalmente por más de una década de *Los carros de fuego* (2003); hecho que torna improbable considerar que a Levrero se le hubiera concedido el privilegio editorial de ocuparse de su *yo*, *ío* de verdad podría sostenerse que la reputación literaria de Levrero en 1992 ya era lo suficientemente sólida como para que los editores le permitieran publicar lo que deseara? El reconocimiento de Levrero —hay que enfatizarlo— fue esencialmente póstumo.

la breve nota al comienzo de *La novela* en la que se disculpa con aquellas instituciones o personas que pudieran sentirse agraviadas por los “desvaríos” de su “mente senil” (9) y su autocaracterización como un “viejo cínico” en *Posdata* (*Irrupciones* 30).

En virtud de lo anterior, considero que *Irrupciones* está marcada por esa lenta destrucción del pudor que Levrero fue ensayando en su escritura autobiográfica previa, de ese pudor que ha determinado múltiples silencios en los diarios de otros autores en cuyos libros sólo es observable erudición y una pulcritud estética cincelada a pulso; es decir, una meditada autoconstrucción literaria de su yo (Pitol, *El arte*; Piglia, *Los años de formación*; *Los años felices*; *Un día en la vida*)³. Con esto no quiero decir que en los textos de Levrero no sean perceptibles las cualidades estéticas y la amplitud de miras de un autor de primera línea. No obstante, impera sobre todo el desparpajo, la capacidad de reír abiertamente de sí mismo, la incorrección política y la reivindicación de cierto canon cultural alternativo conformado por novelas policíacas, tiras cómicas, música y cine populares y definitivamente en ellos no inventa, como aconseja Norman Mailer, un personaje que sea más heroico, emprendedor, menos tímido, más sexy, más romántico y más trágico que él (*Un arte* 108). En otras palabras, no agazapa su yo en el espesor de una epidermis ficcional.

Por su parte, es prudente resaltar que la remisión directa a elementos constitutivos de la realidad en su estado primigenio, es decir, sin elaboración literaria alguna, pueden formar parte constitutiva de una ficción; inclusive, de una gran obra literaria como sucede en *Berlin Alexanderplatz*, de Alfred Döblin (2009), por citar uno de los casos más representativos. Sin embargo, así como no es posible identificar a Franz Biberkopf (personaje protagónico de la novela referida) con su padre literario, tampoco se puede diferenciar al Levrero de carne y hueso de la persona que inequívocamente figura con su nombre en *Apuntes*, *Diario*, *El discurso*, *La novela*, *Burdeos* e *Irrupciones*, tal y como se lo precisara a Helena Corbellini en una entrevista a propósito de *Diario*: “el personaje soy yo” (Gandolfo, *Mario Levrero* 90).

Ese personaje poco heroico que puebla las páginas de las obras más íntimas de Levrero gira sobre un doble eje espacial: uno íntimo (espacio privado) y otro colectivo (espacio público). Esto puede constatarse en las múltiples remisiones al departamento bonaerense ubicado en la calle Rodríguez Peña cercano a la Plaza del Congreso, espacios decisivos en su impulso autobiográfico inicial (*Apuntes* 9-11; *Diario* 29, 36-37), o bien, en la

³ Para citar sólo un par de muy destacados ejemplos en el ámbito cultural latinoamericano.

esmerada glosa de los sufrimientos que le producía Colonia del Sacramento (*El discurso* 27; 37; 41), o en la descripción de la vivienda que compartía con Alicia Hope y su hijo Juan Ignacio y, por supuesto, en el drama que supuso la mudanza dentro del propio destino turístico uruguayo (*El discurso* 95; 114). Posteriormente, se observa las numerosas alusiones a su departamento de la Calle Mitre ubicado en un cuarto piso acondicionado con el estipendio de la beca Guggenheim (*La novela* 24). Y, finalmente, un cuarto piso donde se encontraba, por cierto, aquel departamento que habitara con Antoinette en su aventura amorosa en Burdeos (*Burdeos* 91).

Burdeos, es preciso resaltarlo, representa el crepúsculo de una vida y, por tanto, una obra cimentada en el deber rememorativo al igual que *El discurso* (122), algo que permea en mayor o menor medida a toda la narrativa autobiográfica de Levrero. *Burdeos* fue su penúltimo libro y casualmente lo escribió en el penúltimo año de su existencia. En sus páginas está configurada una memoria limitada, impotente, en la que los recuerdos no acudían de forma espontánea y su búsqueda no pocas veces resultaba infructuosa (*Burdeos* 115). Levrero era para ese momento un hombre que ya no tenía que “temer recuperar la memoria de sí mismo”, como apuntaba en las páginas del libro en el que se infamó como *canalla* (*Diario* 23), sino que, por el contrario, ansiaba salir de ese estado de duermevela casi perpetuo inducido por el valium con el que se procuraba el sueño.

Irrupciones posee, pues, afinidades temáticas y estéticas con el resto de la prosa autobiográfica de Levrero, pero comparte de modo puntual con “Diario de la beca” la recreación narrativa de la espacialidad privada (departamento de la calle Mitre) y pública (el Montevideo que transitaba del siglo XX al XXI), por lo que podrían ser caracterizados como un *díptico montevidiano*, tal y como podremos apreciar enseguida.

La ventana, el balcón y la calle

Levrero nos comparte en *Posdata* una visión fragmentaria, nebulosa y casi siempre equívoca obtenida a partir de la observación de su entorno a través de la ventana y el balcón de su departamento montevidiano de la calle Mitre; espacios bisagras entre adentro (intimidad) y afuera (colectividad); interregno entre la espacialidad privada y pública. Esta actividad en modo alguno es nueva, sino que más bien constituye la continuidad de una arraigada costumbre desde que el autor montevidiano alquilaba su antiguo departamento en la calle Soriano y, de la que habían quedado abundantes referencias en sus anteriores escritos autobiográficos.

En *Diario*, un patio interior de su departamento bonaerense desempeña el rol prismático a través del que la exterioridad irradia su luz hacia una lóbrega interioridad en la que Levrero reflexiona. También se proyecta en los itinerarios existenciales de aves y roedores (25-27; 30-31), como lo haría posteriormente en Colonia del Sacramento, pero en la figura de la mascota familiar, el perro Pongo, a quien observaba mientras éste ensanchaba un espacio en la cerca que, de forma premeditada, Levrero había deteriorado con la intención de que el can pudiera conocer la libertad por sus propios medios (*El discurso* 56-57). Puede cambiar la escala de observación, pero se mantiene invariable el hábito de observar con detenimiento a través de uno de los elementos constitutivos del ámbito privado y, en el caso de *Irrupciones* y “Diario de la beca” ni siquiera eso se modifica, pues, se trata de la misma ventana y del mismo balcón del cuarto piso del departamento de la calle Mitre.

En su novena colaboración para *Posdata*, Levrero describe la propia atalaya mediante la que observaba, así como el rango de alcance que le proporcionaba, aunque este se amplía o constriñe en función de ciertas variables:

Es un balcón ubicado a los fondos del apartamento, y no hay construcciones inmediatas que me obstruyan la visión; a lo lejos, recién como a una cuadra, se ve el frente de un edificio de apartamentos. Casi todas las ventanas están iluminadas; algunas tienen balcón. Muchas tienen cortinas corridas, o cortinas de tipo veneciano bajas; algunas de estas tienen las tablitas en posición horizontal, de modo que se puede ver perfectamente hacia adentro (una escena cortada en rodajas). Lo de “perfectamente” es una forma de decir; estoy sin lentes, y aunque los tuviera puestos sería poca cosa lo que podría ver a esta distancia. (44)

Empero, lo que puede imaginar Levrero a partir de esas imágenes borrosas pareciera ilimitado: una mujer que interactúa con un perro, en realidad, convive con un niño; el baño en el que en apariencia otra mujer se duchaba:

(...) no era un baño sino un comedor, porque se ve al fondo un gran aparador con puertas corredizas de vidrio, y hay un hombre sumamente obeso, o una mujer, con ropas claras que podían haberme dado la impresión de la carne. (*Irrupciones* 46)

Las hipótesis se multiplican, se alternan y al final son descartadas porque “todo en la vida parece ser un juego de luz y sombras” (46). ¿Cómo podrían interpretar la gestualidad de Levrero desde el balcón aquellos desconocidos relativamente distantes? ¿Ellos también asumirían que existía algo enigmático en ese balcón montevideano que ameritaba un esfuerzo interpretativo? Levrero, por lo menos, lo sospechaba: “cierro la ventana. Bajo la persiana. Ya no me podrán ver” (46).

La ventana, sin duda, ofrecía refugio a Levrero de las potenciales miradas ajenas y constituía también un medio efectivo de exploración extramuros, por ejemplo, para constatar la realidad climática: “Miro por la ventana hacia la calle para, según la ropa que la mayoría de la gente lleve puesta, tratar de hacerme una idea del clima allí afuera” (*Irrupciones* 329). En otras ocasiones, ese ejercicio visual le permitía sobrellevar la rutina:

Estoy en el dormitorio, pedaleando en la bicicleta fija. Miro por la ventana, para distraerme del cuentakilómetros; si lo miro, me parece que va muy lento, que no se mueve... Miro por la ventana y veo esa hermosa callecita y las azoteas, y al fondo un sector del puerto, y a mi derecha una araña en la pared. Es la pared posterior de un edificio que está en la vereda de enfrente del edificio donde vivo, pero no muy lejos porque nos separa un callejón estrecho. Esa pared es gris, uniforme, monótona, con apenas una ventanita enrejada y multitud de pequeñas manchas oscuras de alquitrán o de humedad. Una de esas manchitas tiene un color ligeramente distinto, y patas. Es una araña. (*Irrupciones* 398)

A pesar de que aquella panorámica se revelaba a la claridad y a la mirada escrutadora de Levrero, aún pervivía la posibilidad de que los hallazgos meridianos propiciarán la formulación de interrogantes del siguiente tipo: “Me pregunto si las palomas comerán arañas. Creo que no. Las palomas no sirven para nada” (*Irrupciones* 399). Esa frase escrita al paso, casi por descuido, resulta sintética de cara a aquella filosofía de las palomas que también está contenida dentro de “Diario de la beca”: la inutilidad de estas aves, incluso, su estupidez, como anota en la página final de éste (*La novela* 451), que el escritor uruguayo cree corroborar a partir de múltiples observaciones a través de la ventana.

Levrero era, pues, un asiduo custodio de su ventana, pero no todas las veces deseaba pasar inadvertido, como aquella ocasión en la que se realizaban algunos trabajos de reparación en la vía pública y la utilización de un martillo neumático por parte de

aquellos trabajadores, aunado al excesivo calor, le derrotaban por completo hasta el punto de consignar por escrito:

(...) sea como fuere, *alguien* debería pensar por un instante en mí. Alguien debería levantar la vista y ver mi pobre figura en la ventana, un hombre muy viejo y muy gordo, con una camiseta sin mangas, mirando el mundo con mucha pena. (*Irrupciones* 173)

Y cuando por fin descendía, Levrero experimentaba dificultades para aprehender con la mirada los límites que la violencia y la mezquindad habían redefinido como espacio privado:

En el barrio, y muy especialmente en los callejones, esos callejones estrechos donde las casas de una y otra vereda se encuentran muy próximas, hay muchos espacios públicos que se vuelven de uso privado, o casi privado, como si la calle pasara a ser una especie de patio del fondo de la casa que le crece a un costado. Cuando hay gente observando, a veces apoyada en el marco de una ventana, el que pasa por ese lugar es mal mirado; y muy a menudo yo no atino a darme cuenta de donde termina el espacio público y donde comienza el privado, de tal modo se ha ido domesticando ese presunto espacio público. (*Irrupciones* 89)

Son diversas las manifestaciones de esa violencia cotidiana las que reseña Levrero en sus artículos, pero la protagonista es, sin lugar a dudas, la publicidad estridente en ese Montevideo que transitaba hacia el siglo XXI:

Entro a una carnicería como parte de mi engorrosa exploración del barrio, porque ya es inútil que intente una vez más en los supermercados: llego hasta la puerta y allí mismo la publicidad estúpida y machacona vociferada por los parlantes me pone una mano en el pecho y me empuja hacia la calle. Como muchos otros comercios, en los últimos tiempos los supermercados se han transformado en una máquina de picar cerebros. (*Irrupciones* 59)

La publicidad devino por esa vía en motor involuntario de reflexiones y hasta de formulación de hipótesis de aliento existencial: “Ese ruido que invade la ciudad, cada día

con mayor fuerza, esos altoparlantes, esa violencia sonora que hay por todos lados, ¿no obedecerá a razones parecidas? ¿No se estará tratando de tapar algún dolor intolerable?” (Levrero, *Irrupciones* 156). Quizás sí, pero lo que es bastante más seguro es que, a nivel personal, Levrero experimentaba, como le había sucedido al inicio de la escritura de *Diario*, ese dolor que se agolpaba “en la punta de mis dedos y simultáneamente en mi pecho” y que reclamaba ser consignado por escrito, “la única forma auténtica de decirlo, de decírmelo” (18). A diferencia de su época bonaerense, en su labor como articulista, en *Posdata*, existía un imperativo externo.

La asunción de ese compromiso, tal y como acaeció también en el caso de la beca Guggenheim, implicó una más ardua disciplina escritural que, ciertamente, no estuvo exenta de altibajos como lo ilustran las vacaciones que Levrero tomó de la revista montevideana o la muy variable extensión de los *capítulos* que componen “Diario de la beca” (*La novela* 223-238)⁴. Quizás porque esa crisis personal estaba motivada por la idea de una ciudad perdida, de un Montevideo que ya solo pervivía en su memoria, es que Levrero terminó por dar forma a los textos más extensos inscritos en su registro autobiográfico:

Más que onírica, Montevideo se ha vuelto pesadillesca, y no sólo por obra de la Intendencia. Entre la masa creciente de coreanos y marginales de todo tipo, y la amenaza perpetua de violencia inmediata, y los niveles disparatados de ruido, y un algo difícil de definir en la actitud de la gente que puebla las calles, sí, la pesadilla es permanente... Y tal vez lo pesadillesco sea una característica común e inevitable de toda ciudad; la idea misma de ciudad. (*Irrupciones* 309)

Conclusión

La génesis de *Irrupciones* se encuentra en *Apuntes*, *Diario* y en *El discurso*. “Diario de la beca” y las columnas en *Posdata* constituyen a su vez un *díptico montevideano* dentro de este arco autobiográfico que tiene en *Burdeos* su melancólico colofón. Como la vida misma, este *corpus* escritural es tentativo, fragmentario, discontinuo y hasta onírico. El personaje que atraviesa sus páginas o, más exactamente, que procura estar estático la mayor parte del tiempo como un atento observador del absurdo, pero no como su testigo mudo e

⁴ Cito sólo a guisa de ejemplo la prolongada interrupción textual que tuvo lugar durante el cuarto mes de escritura de “Diario de la beca”, es decir, durante noviembre, pues, entonces Levrero sólo sumó al texto seis anotaciones, mientras que en los meses anteriores había consignado entradas prácticamente todos los días.

indolente, es, inequívocamente, uno de carne y hueso. De esta manera, abrevió su nombre a Mario Levrero. A pesar del importante servicio prestado a sus semejantes, al compartir sus sorprendentes hallazgos, no vaciló en acentuar su absoluta falta de heroísmo y en hacernos partícipes, sin rubor alguno, de sus derrotas cotidianas frente a los inacabables tipos de violencia urdidas por una modernidad. Modernidad que comporta como rasgo distintivo la mercantilización extrema y cuyo largo e ineludible brazo ejecutor es la publicidad impúdica y estridente.

Astrid Erll indica que el concepto *Genitivus subjectivus* empleado en las obras de Aby Warbug y Ernst Robert Curtius como divisa exploratoria se

(...) refiere a la representación de una memoria intraliteraria, de una *memoria propia del sistema simbólico que es la literatura*, de una memoria que se manifiesta en textos aislados. En la obra literaria, los textos del pasado son recordados a través de referencias intertextuales. (87)

Esto, con la finalidad de “describir los fenómenos del retorno y las transformaciones de las formas estéticas” (87). Finalmente, me pregunto: ¿acaso no es precisamente este juego intertextual, este permanente retorno pautado por la memoria, por la cardinal importancia concedida al acto rememorativo, el que atraviesa y se recuerda a sí mismo en *Irrupciones*? A la luz de lo visto, considero que la respuesta es afirmativa.

Referencias

- Blixen, Carina, “Irrupciones: el escritor en <traje y corbata>”, <http://journals.openedition.org/lirico/2218>. Digital.
- Corbellini, Helena “Condimentos a la sazón”. Gandolfo, Elvio (Compilador). Mario Levrero: Un silencio menos. Buenos Aires: Mansalva, 2013. 87-90. Impreso.
- Döblin, Alfred. Berlín Alexanderplatz. La historia de Franz Biberkopf. Trad. Miguel Saénz. Madrid: Cátedra, 2009.
- Erll, Astrid. Memoria colectiva y culturas del recuerdo. Estudio introductorio. Trad. Johanna Córdoba y Tatjana Louis. Bogotá: Universidad de los Andes, 2016.
- Levrero, Mario. Manual de Parapsicología. Montevideo: Criatura Editora, 2019. Impreso.
- Levrero, Mario. Cuentos completos. Barcelona. Literatura Random House. 2019. Impreso.
- Levrero, Mario. El discurso vacío. Barcelona: Debolsillo, 2019. Impreso.

- Levrero, Mario. "Apuntes bonaerenses". *Noveno Piso*. México: Impronta Casa Editora. 2017. 9-21. Impreso.
- Levrero, Mario. *Diario de un canalla*. Burdeos, 1972. Barcelona: Random House Mondadori. 2015. Impreso.
- Levrero, Mario. *Irrupciones*. Buenos Aires: Criatura Editora. 2013. Impreso.
- Levrero, Mario. *La novela luminosa*. Barcelona: Random House Mondadori. 2008. Impreso.
- Levrero, Mario. "Diario de la beca". *La novela luminosa*. Barcelona: Random House Mondadori. 2008. 7-451. Impreso.
- Levrero, Mario. *Los carros de fuego*. Montevideo: Ediciones Trilce. 2003. Impreso.
- Levrero, Mario. *El portero y el otro*. Montevideo: Arca. 1992. Impreso.
- Mailer, Norman. *Un arte espectral. Reflexiones sobre la escritura*. Trad. Elvio Gandolfo. México: Emecé, 2009. Impreso.
- Piglia, Ricardo. *Los diarios de Emilio Renzi. Los años de formación*. Barcelona: Anagrama, 2015. Impreso.
- Piglia, Ricardo. *Los diarios de Emilio Renzi. Los años felices*. Barcelona: Anagrama, 2016. Impreso.
- Piglia, Ricardo. *Los diarios de Emilio Renzi. Un día en la vida*. Barcelona: Anagrama, 2017. Impreso.
- Pitol, Sergio. *El arte de la fuga*. México: Era, 1996. Impreso.
- Siscar, Cristina. "Levrero personaje o la creación de sí mismo. Sobre los diarios de Mario Levrero". Carolina Bartalini (Editora), *Escribir Levrero. Intervenciones sobre Jorge Mario Varlotta Levrero y su literatura*. Buenos Aires: Eduntref. 2016. 185-191. Impreso.
- Undurraga, Vicente, "Vida de un hombre (el ciclo final de Mario Levrero)" <https://revistasantiago.cl/literatura/vida-de-un-hombre-el-ciclo-final-de-mario-levrero/> (consultado 15/04/2021).